

**Título:** “2020”

**Seudónimo:** August Landmesser

**Ciclo:** Antiguo Alumno

2020 en pleno año VIII.

En pleno año VIII.

Después del fin del mundo,

según los Mayas.

O después del fin de mi mundo,

según yo mismo.

Este año en el que septiembre ha sido octubre,

y ha durado tres meses.

De momento.

Si no puede ser codo a codo será a codazos, dijeron.

Y así tuvo que ser.

Porque para alzar el puño hay que tener las cosas claras.

Porque no puedes errar un golpe cuando sientes que te falta el aire al que golpear.

Estoy en ese confuso punto intermedio entre querer sonar de fondo y ser un solo de

Hendrix.

Y puede ser que yo acabé igual,

que todas esas gentes cuyas vidas desprecio

con la soberbia que me otorga una mente inconformista desencantada antes de tiempo.

Hace ya (bastante más que) un par de pensamientos que tengo miedo.

A darme cuenta de lo que en realidad ya sé.

A no poder seguir convenciéndome de que no es tal,

la certeza de mi mediocridad que me golpea tan sutil como insistente.

A ser, como ya soy, ateo. Pero esta vez habiendo perdido la fe.

Golpe bajo a la autoestima.

Y Caronte ya no me fia. No acepta que le pague a la vuelta.

Ante la pandemia no soy nadie, ante la pandemia el individualismo queda pronto relegado frente a la imperante preocupación por el colectivo. Una situación que nos fuerza a guardar las distancias y nos separa, pero que nos une paradójicamente en este sentido.

Y no hablo de una unión entrañable y digna de esgrimir con orgullo, como muchos medios nos han vendido. No hablo de una España unida, ni (si se quiere ser todavía más iluso) de un mundo unido ante un enemigo común. No hablo de una falsa sensación de comunidad y apoyo mutuo, saliendo a aplaudir a los balcones todos los días a las 20:00 a un sector al que en las anteriores elecciones votaste (claramente de forma indirecta, tampoco eres un monstruo) para recortarles en ayudas.

Esos son los valores y la responsabilidad social de la que cabe hablar hoy en día. La misma hipocresía de la que cabía hablar el año pasado, y el anterior; con la única diferencia de que este año hemos estado encerrados en nuestras casas y hemos tenido mucho tiempo libre para sacarle brillo.

¿Os suena el nombre de Sandra Rein? Sandra es licenciada en Bellas Artes por la Universidad Complutense de Madrid, y realizó un doctorado en la universidad de Castilla la Mancha.

En pleno confinamiento, a principios de abril de 2020, Sandra Rein publicó a través de su cuenta de Instagram la siguiente propuesta: “la realización de un dibujo del interior de nuestras casas, para con todos ellos construir un mapa, una pieza de arte colectivo”.

El proyecto fue acogido con los brazos abiertos por el Ayuntamiento de Madrid, captando el interés de entidades de la talla del Instituto Cervantes. Ya en octubre, poco se quería oír sobre el tema. Inconvenientes, largas y rechazos sumían el proyecto en una recreación del “Vuelva Usted Mañana” que Larra publicó en 1833.

No es tampoco algo muy difícil de entender. Las esperas telefónicas y excusas parecían dejar leer entre líneas un mensaje claro: Ya no interesa recordar.

La idea de desprivatizar lo propio era atractiva, de romantizar el confinamiento, de ofrecer un mensaje esperanzador, era una baza muy jugosa que al Ayuntamiento no pasó desapercibida. Convertir en público un espacio privado para compensar todos aquellos exteriores que se nos había negado la posibilidad de recorrer.

Pero una vez finalizado el confinamiento, la situación era muy diferente, el mensaje que el proyecto de Rein ostentaba ya no cuadraba con los intereses políticos. El verano se cernía sobre un país eminentemente turístico y a las puertas de acusar las terribles consecuencias económicas que ya eran más una realidad que un pronóstico. Ya no interesaba recordar sino vender un mensaje muy diferente: “Estamos ante una nueva etapa.” Habíamos salido adelante, habíamos superado lo peor. Nadie quería oír hablar ya del sufrimiento pasado, había que mirar hacia delante. Abrir viejas heridas era lo último en los planes de desescalada.

*“Que la gente me dice pesimista por esto que escribo, sin saber que cuando soy pesimista me es imposible escribir”*, remarco citando una vez más a Ana, defendiéndome de antemano de la opinión y las críticas que puedan llegar. Aclarar, o por lo menos intentarlo, me gustaría, que mi punto de vista no es fruto de la desesperanza sino de un mal llamado realismo.

Que podría escribir sin ningún problema muchas más de dos páginas sobre lo que este último año, con todas las circunstancias que le han hecho especial, me ha aportado, en el sentido más positivo de la palabra. Sobre cómo me he construido como persona un poco más cada día, con cada frase subrayada en cada libro leído, con cada película, con cada reflexión entre caladas, intercaladas entre el bombo y la caja de una buena base de rap o entre las notas del piano de Chopin, apoyado con la espalda combada en el alfeizar de la ventana de mi cuarto a las 4 de la madrugada día sí día también mientras escuchaba a mi hermano roncar entre canción y canción. Y aprovecho, por cierto, este último párrafo para responder a la pregunta planteada de “¿Qué me construye como persona?” con un rotundo “yo”.

Podría hacer todo eso y probablemente me sería más útil si mi objetivo fuera el de ganar este concurso (que ya son muchos años conociéndonos), pero seguro que ya os lo van a contar otros y, últimamente resuena en mi cabeza el imperativo de Kafka, casi como una orden directa y acusante, de que *la literatura tiene que morder*.